

Prats Ventós, «La Selva»

ANTONIO PRATS VENTOS, en las Reales Atarazanas

Organizada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y bajo los auspicios de la Dirección de Cultura de la República Dominicana, el Instituto Catalán de Cooperación Iberoamericana nos presenta en las Reales Atarazanas la exposición de la obra del escultor Antonio Prats Ventós, nacido en Barcelona en 1925 y nacionalizado en la República Dominicana, a donde su familia se exilió en 1940. La exposición consta de más de un centenar de obras que se distribuyen en tres conjuntos principales: «El Bosque», «La Selva» y «Las Meninas», aunque entre uno y otro se muestren distintas esculturas sin otra relación con las demás que su propia importancia.

El Bosque consta de cuarenta piezas talladas en madera sabina, troncos de casi tres metros de altura y anchura variable, que oscila, de uno a otro, entre los quince y los noventa y cinco centímetros. Tanto El Bosque como La Selva forman dos espléndidos conjuntos —más unitario el primero que el segundo— de gran belleza y singular armonía. La madera ha sido tallada con un sentido totémico de la representatividad masculina y femenina, más en sus líneas y aire que en sus específicos rasgos. El escultor ha coordinado su trabajo creativo un poco en función de los ritmos de la madera, no sólo en la forma del tronco, sino en los propios de sus características, colores, vetas, nudos, incluso accidentes. Así se mantienen o han sido creadas sinuosidades, huecos, hendiduras, espacios interiores, protuberancias y abultamientos. Las veintitantas piezas de La Selva han sido realizadas en troncos de caoba, que también, como la sabina, tiene tonalidades muy diversas. Si en ésta el color pasa, en vetas, del granate al rosado y del rosado al blanco, en la caoba pasa del rosado, en la «caoba terna», al rojo oscuro, en las vigas centenarias de los techos de las casas coloniales, algunas de las

cuales talló el escultor para esta Selva. A la lisura y limpia verticalidad de El Bosque se opone la suavidad y protuberancias de la materia en La Selva. «El Bosque es complaciente; La Selva es agresiva», dirá María Ugarte. Tal es así, sucintamente, la «environmental sculpture» (escultura para el entorno, el ambiente) de Antonio Prats Ventós.

La serie llamada «Las Meninas» está constituida por un conjunto de veintiuna figuras, familia de imágenes, inspiradas en las damas que el escultor vio un día caminar en la zona colonial de Santo Domingo. Son interpretaciones idealizadas pero vivas, en las cuales Prats Ventós ha logrado, magistralmente por cierto, aprehender la gracia, el calor, la exquisitez y la delicadeza de las que fueron sus modelos. Originalmente, nos dice Jeannette Miller, «tomaron la movilidad cimbreante de la mujer mulata en tallas desnudas, sin aditamentos encubrientes, portadoras de la fuerza gestual, del color y las sinuosidades de la madera». Nueve piezas abstractas (en madera, mármol y ónix) completan esta espléndida perspectiva de los distintos aspectos de la obra del escultor Antonio Prats Ventós. Ningún lugar tan apropiado para ser exhibida en toda su grandeza que el marco excepcional y sobrio que el comisario de exposiciones de ese Instituto de Cooperación, don Luis González Robles, le halló en las Reales Atarazanas.

ARTIGAU, en Trece

Hará cuatro años que el barcelonés Francesc Artigau exponía por última vez en Barcelona. Trato de recordar no cómo era sino lo que era su pintura antes de hoy, y no lo consigo. Bien es verdad que no soy hombre de memoria siquiera aceptable, pero hay algo como la llamada a un encuentro —reencuentro, sin duda— que escarabaja el recuerdo pugnando, sin conseguirlo, por aquietarse para ponerla de



Ruizanglada, «Piedad»

manifiesto. Y pienso que es como si intentara memorizar el movimiento. La pintura de Artigau ha sido eso, y creo que ahora lo es más: movimiento único, perpetuo, pero no el soñado por los «inventores de afición», como el Diccionario dice, sino aquel que nace, vive y actúa y se mantiene de la virtud creadora. Esta vez, para Artigau, el movimiento continuo está en la calle, en las gentes y en la vida que transcurre y permanece en ellas, solitarias, en grupo o casi muchedumbre. Anónimas todas, salvo una o dos figuras, quizá más. A veces desvaído el rostro por la prisa al andar, otras no... Y la calle vista siempre a lo largo —donde está el sentido de la libertad—, no a lo ancho porque, así, el movimiento sigue, no se corta de acera a acera. Tal creo que es el relato de estos óleos, acuarelas y técnicas mixtas, como un credo, crónica del ir y venir, de marchar y volver, con prisa y sin ella, con la pequeña poesía grande del hombre anónimo que la calle intenta definir con su nombre.

RUIZANGLADA, en Laurent

Bodegones, figuras y paisajes..., todo sometido al sentido trascendental de la composición, sin duda heredado de su anterior disciplina cubista. De esa época —creo que de hace cuatro o cinco años— son algunos de estos magníficos bodegones, presencia de un periodo que parece de transición ante su obra más reciente, y que sorprende por la armonía de sus ritmos, la belleza de su sencillez y su delgada, profunda y transparente luminosidad. Algo sutilmente irreal tienen estos bodegones en los que el color se hace, a veces, inmaterial, en sus delicados contrastes de luz y sombra, como si pretendiera alcanzar, sin tocarla —no fuera a quebrarse— la esencia íntima y fecunda de los objetos. Igual sucede con estos paisajes cálidos y estremecidos. La luz es profundidad pura, equilibrio poético en la naturaleza desnuda de los campos, tierras de sobrios colores que intentan valorar el tiempo de la luz, el aire y la distancia. La atmósfera, irreal, de tan limpia y transparente, hace diáfanos esas zonas de color que se tienden y extienden hacia el horizonte inverosimilmente cristalino y hondo. En las figuras todo adquiere una emocionada trascendencia, como nacida de su fuego interior, recogido y apasionado, sobrio también, pero con expresivo contenido de humanidad y significación sensible y profunda.

Se nos revela casi angustiosamente en lo que tiene de gestual, nervioso y, a veces, dramático.

GARCIA SEVILLA y BROTO, en Maeght

Alguien que había visitado la exposición de acrílicos sobre lienzo (algunos de grandes dimensiones) del mallorquín Ferran Garcia Sevilla me dijo que le había desconcertado el número y disparidad de títulos que a veces tenía alguna obra (uno: «L'ombra de la lluna, o El viatge més absurd, o Munt de cendra, o Dies de vidre, o El buscador de trossos o Tu amor es sempre extraño»). Le dije que, acostumbrado a la pobreza mental de tantos que no saben titular su obra, debía sentirse feliz, como yo me sentía. Nada de «Composición», «Estructura», «Abstracción», «Número 14», «Óleo», «Sin título», «Dibujo», «Pintura» (claro está, ¿qué, si no?) y así sucesivamente. Podía elegir y dejar que el título le llevara consigo a este mundo icónico de singular naturaleza. Unas veces propuesto por grafismos o caligrafías con su secreto cabalístico y hermético, otras por formas figurativas de cierto carácter esotérico, más que esotérico, cuyo mecanicismo se traduce en esquemas de una realidad mitificada. En alguna de sus obras hay ciertos ecos elementales de pintura rupestre, y líneas que responden a un gestualismo que podríamos llamar conceptual.

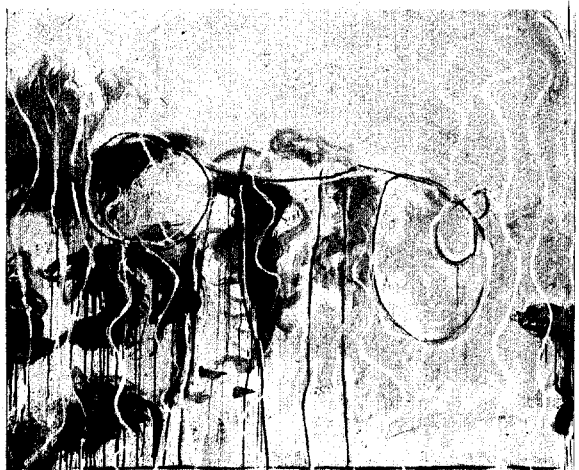
También los óleos sobre lienzo que expone el aragonés José Manuel Broto son de grandes dimensiones. Hay en ellos una ambición y ansia de aire que podría denominarse decidida vocación de espacio. Es ahí donde el color, mejor dicho, la alegría del color, se convierte en un himno brillante al espacio y su naturaleza. Cada mancha, zona, campo de júbilo, o como quiera llamarse, imagina complejas formas capaces de inventar una realidad, tanto visual como sensible. Quizás en esto haya que ver el profundo y abierto secreto de su poesía transparente, ágil incluso, iluminada en la gracia de sus violentos accidentes plásticos y sus sutiles evanescencias. Paisajes del color y paisajes de la luz, estos óleos de Broto vibran en la maravillosamente iluminada primavera del espacio.

M.ª TERESA CODINA, en Joan Prats

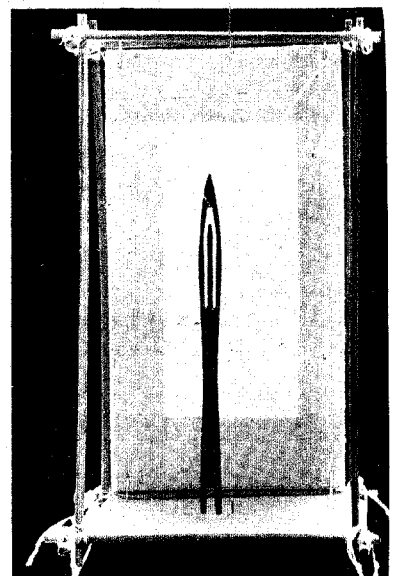
Días atrás mi querido compañero Lluís Permanyer comentaba la insólita calidad poética de las obras de M.ª Teresa Codina, y el respeto de la artista por los materiales mínimos y pobres. Son los que emplea en sus «Contra-puntos», que pueden ser esculturas, tapices, pero que, acaso, sean, en el fondo, algo más: homenajes ingenuos y puros, limpios de pecado —hay que decirlo así—, a; por ejemplo, una aguja de remendar redes, unos bolillos, unos troncos de madera aserrada atados con cuerdas, el triptico «Per que no mori el bosc». Con todo ello ha construido un mundo poético extrañamente cautivador, mundo que nos cuenta el poeta Joan Brossa en una bella sextina: «Sextina teixida a la manera dels tapissos de Maria Teresa Codina». Verso a verso, como tapiz a tapiz, el espectador se siente inmerso en ese mundo singular, comparte la importancia de lo mínimo y pobre que, por el arte de biribirloque de la poesía, deja de ser pobre y mínimo, como si



Artigau, «Via Laietana»



Garcia Sevilla, «Terres Baixes, o Illes, o Pols, o Crit»



M.ª Teresa Codina, «Escultura del contra-punt de la dona del pescador»

nos encontramos con él antes del pecado original de la pequeñez de las cosas.

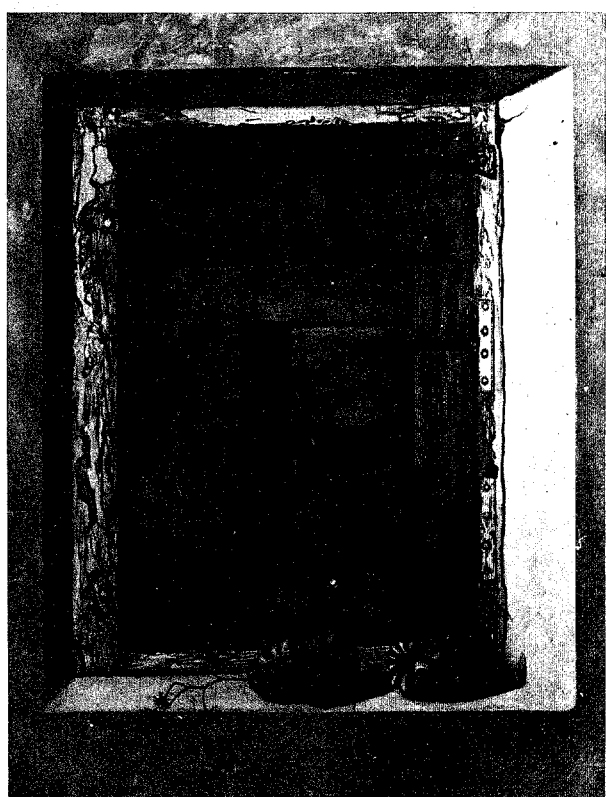
SABILLON, en Gaudi

Vuelve el hondureño Gregorio Sabillon con su surrealismo, simbólico unas veces, hermético otras, con cierta tendencia a despojarse de barroquismos anteriores. Quizás ello se deba, en buena parte —esto creo entender—, a su propósito de abandonar paulatinamente sus experiencias oníricas para entregarse a las de un hiperrealismo acaso más en la realidad que en el sueño. Por lo menos es esto lo que parecen indicar algunas de las obras expuestas, que tenemos por más recientes. En ellas la realidad posee también cierto contexto mágico, pero la imaginación ha cedido el puesto al dominio de la técnica, virtud siempre en ejercicio en la obra de Sabillon. Sigue su preocupación por el lirismo del misterio no sólo a través de la imagen o de las cosas, sino en la propia atmósfera que las contiene.

Fernando GUTIERREZ



Broto, «La conversación»



Sabillon, «La ventana»